

Sobre la pulsión invocante y escópica en las psicosis

On the invocative and scopic drive in the psychosis

Por Esteban Jijón¹ y Yolanda Vega²

RESUMEN

En 1962 Lacan agrega a la mirada y a la voz al listado de objetos pulsionales -oral, anal y fálico- propuestos por Freud. A continuación, se postula como objetivo de investigación el análisis de la propuesta lacaniana de los objetos pulsionales escópico e invocante en relación a las psicosis. Se aborda la propuesta freudiana sobre la organización pulsional, en compaginación con los desarrollos de Lacan sobre el *objeto a*, el estadio del espejo y el Edipo. La articulación explica los fenómenos clínicos psicóticos mediante la dependencia identificatoria con el Otro. La mirada y la voz quedan adosados, sin un espacio intermedio que ejerza una función de separación del Otro primordial. La inconsistencia imaginaria en las psicosis evidencia la no sustracción de los objetos pulsionales y su retorno avasallador como una mirada y una voz que develan la relación del sujeto con la falta.

Palabras clave: Psicosis, Mirada, Voz, Lacan, Freud.

ABSTRACT

In 1962 Lacan added the gaze and the voice to the list of objects -oral, anal and phallic- proposed by Freud. The following research's objective is to analyze the Lacanian proposal of the scopic and invoking drive objects in relation to psychosis. The Freudian proposal on the pulsional organization is approached, in line with Lacan's developments on the object a, the mirror stage and the Oedipus. The articulation explains psychotic clinical phenomena by means of the identifying dependence with the Other. The gaze and the voice remain attached, without an intermediate space that exercises a function of separation from the primordial Other. The imaginary inconsistency in psychosis evidences the non-subtraction of drive objects and their overwhelming return as a gaze and a voice that reveal the subject's relationship with the lack.

Key words: Psychosis, Gaze, Voice, Lacan, Freud.

¹ Pontificia Universidad Católica del Ecuador (PUCE), Facultad de Psicología Psicólogo Clínico. PUCE. Ecuador. Universidad de Buenos Aires (UBA). Facultad de Psicología. Maestrando en Psicoanálisis. UBA. E-mail ejijon880@puce.edu.ec

² Pontificia Universidad Católica del Ecuador (PUCE), Facultad de Psicología, Psicóloga Clínica. PUCE. Ecuador. Universidad Andina Simón Bolívar (UASB), Especialización superior en Psicoanálisis, Sociedad y Cultura. UASB. Pontificia Universidad Católica del Ecuador (PUCE), Facultad de Filosofía, Magister en Filosofía. PUCE. Universidad Nacional de la Plata, Facultad de Psicología. PhD (c) en Psicología. UNLP. E-mail lyvega@puce.edu.ec

Sobre la constitución pulsional

La pulsión (*Triebe*) es uno de los aportes más significativos del psicoanálisis al entendimiento del psiquismo. Esta no solo atenta contra el todavía naturalizado dualismo cuerpo-mente, sino que permite colegir los destinos de la sexualidad y el deseo humano en oposición al orden del instinto (*Instinct*). La pulsión despliega una pluralidad de modalidades de satisfacción para el sujeto, a diferencia de la univocidad de la satisfacción en la sexualidad animal no humana (Freud, 1913-1917/1949). El ser humano se ha hecho de un nuevo orden: se enmarca en un sistema de representaciones mediado por la cultura, se ha hecho sujeto de símbolo (Bleichmar, 2014). El objeto como contingente, una de las cualidades de la pulsión, es el representante de la marca distintiva de las aguas en la sexualidad humana.

De hecho, la contingencia de objeto es el remanente de una lógica de inscripción. El objeto no es *a priori* en el psiquismo: adviene según un proceso de instauración. Para Bleichmar (2014) “el objeto externo es anterior al objeto representacional” (pág. 35) ya que la condición de existencia de la representación depende de un otro que la genere. Sin embargo, el objeto, *a posteriori* a su inscripción, es anterior al reencuentro con el objeto en sí mismo. Aquello no es una antinomia, en tanto las líneas del psiquismo no se extienden fuera del marco de representabilidad, sino que son posibles en tanto hay un objeto externo que las genere (Bleichmar, 2014) después de la inscripción de la metáfora paterna. La condición, por ende, de instauración del objeto representacional, depende de un evento exterior que lo posibilite, y es en tanto posibilidad, que por ausencia de un otro, la pulsión en sí, no se organice. No es la primacía del objeto como contingente, en términos instituyentes, sino la contingencia del Otro que permite entablar el desarrollo pulsional. Aquella idea descarta en sí la posibilidad de pensar un innatismo del desarrollo pulsional y eleva a la inscripción a ser entendida bajo el regazo del *prójimo*, quien, en condición de objeto, catectiza la posibilidad misma del desarrollo en la cría humana. Idea que descarta a primeras las propuestas innatistas del surgir endógeno del objeto representacional, y que declina una respuesta exogenista para su constitución (Bleichmar, 2014).

Las implicancias de la contingencia del Otro abren camino al entendimiento de la condicionalidad de la constitución de las zonas erógenas y de la instauración de los objetos pulsionales en sí mismos. Los efectos de la privación primaria son evidentes en los casos de bebés donde la función nutricia ha sido mediada por sonda y la cavidad bucal no ha llegado a instalarse como zona erógena y significativa (Bleichmar, 2014). El despliegue del lenguaje en estos bebés suele llegar a alterarse. La oralidad puede no constituirse a partir de la ausencia del Otro, lo escópico e invocante tampoco. Varios casos de depresión anaclítica de Spitz describen bebés que al haber sido separados de sus cuidadores primarios los procesos de desarrollo psicoevolutivo se han detenido (Spitz, 1965). Los casos de hospitalismo infantil demuestran con tangi-

bilidad los efectos de la ausencia de la función materna en el estado de desvalimiento (*Hilflosigkeit*). La ausencia de la satisfacción de las necesidades corporales y afectivas del bebé se entabla como el causal de las alteraciones de la inscripción de lo invocante y lo escópico. Es imperativa el accionar de un auxilio ajeno (*Fremde Hilfe*) que de riendas a la organización pulsional (Freud, 1950).

Es por eso que para Freud la operatividad del prójimo (*Nebenmensch*) permite la cancelación de los estímulos endógenos que, de otra forma, no podrían ser saldados por el organismo de forma autónoma (Freud, 1950). Aquello da lugar a la instauración de la primera vivencia de satisfacción (*Befriedigungserlebnis*) y a la inscripción de esta como primera huella-mnémica, como imagen-recuerdo (*Wahrnehmungsbild*). La vivencia de hostilidad se inscribe bajo una lógica similar. El prójimo es para Freud, a la vez, la primera figura ambivalente, el primer *objeto de satisfacción y de hostilidad* (Freud, 1950).

Con la inserción del prójimo en la subjetividad, entra *ipso facto* la lógica de la alternancia y con ella la posibilidad de sujeción. El cachorro humano precisa de una presencia alterna que permita la eclosión pulsional (Bleichmar, 2021), de la misma forma que necesita de la presencia para poder asir y aprehender la posibilidad de pérdida del objeto de satisfacción (Freud, 1920-1924/1967). La aparición concomitante de las vivencias de hostilidad, permiten entender que en la falta del cuidador primario hay un vacío que se instituye, y que en ese vacío no hay en sí una nada, sino una ausencia de presencia (Leclaire, 1972). En otras palabras, el vacío refleja la falta. La falta en sí, por ende, no es un concepto negativo, sino una representación positiva en la psique, de aquello que ya no está. No es sin esa hiancia posible el paso a la represión originaria que permite, a suma instancia, el movimiento pulsional.

En la institución de aquel vacío llega a germinar una semilla, que hace poco yacía latente y en estado incipiente en el sujeto. La palabra eclosiona en la demarcación de la falta. Si hay de símbolo en el ser humano es por la capacidad de representación de aquel vacío con un manto significativo, con una palabra que designe aquello que falta. El bebé llora y hace de su llanto una demanda de presencia. Hace con la palabra lo que una vez hizo con el llanto, salvo que ahora, la demanda ya no remite a hacer del Otro presente, sino de hacerse sujeto ante la falta. Es preciso marcar el paso del llanto a la palabra, como el paso canónico de la necesidad a la demanda, del instinto a la pulsión.

La lógica de la alternancia se ejemplifica en el juego del carrusel (Freud, 1920-1924/1967) El niño arroja su juguete fuera de la cuna y al botarlo dice *o-o-o* (*Fort*) y al jalarlo, *Da*. El *fort-da* (se fue-acá está) es el posicionamiento activo ante la ausencia materna mediante un acto de representación simbólica (Freud, 1920-1924/1967). Es en la ausencia cuando el niño representa aquello que desea, aquello que falta (Bèrges-Bounes, 2014).

La constitución de los objetos pulsionales no es sino el remanente que se instaura en el eje de la presencia-ausencia. Para que se dé la constitución del objeto, es

necesario que la pulsión se erija. En un tiempo primordial, el bebé llora, exclama un llanto, que, como una expresión oriunda de la experiencia orgánica, material, de un organismo vivo, se manifiesta desde lo real. El cuerpo no es cuerpo antes de la inserción simbólica. Es un organismo que grita desde un registro real. Es un grito cuya cualidad es inmanente al más acá de la carne. Por eso para Bergès-Bounes (2014) el cuerpo remite a la muerte, porque en él encontramos un ominoso sentido de verdad: la constitución orgánica y material que nos sopor-ta como sujetos simbólicos y que nos ata al descalabro de la vida y la muerte.

Sobre la constitución de lo invocante

La constitución de lo invocante se apuntala desde el organismo. La composición del oído alberga dos divisiones funcionales referentes al equilibrio y la audición. Es característico del aparato auditivo su formación tubular donde el sonido puede resonar y generar vibraciones en los huesecillos, que introducen ondas sonoras a una frecuencia determinada en la cóclea (Carlson, 2004). Tras el proceso de *transducción*, el estímulo genera una representación auditiva, una *imagen acústica* en el córtex. Al igual que el sistema tubular del oído, el aparato bucofaringeo se constituye por un vacío, un hueco, que mediante la expulsión de aire desde los pulmones, y la vibración de las cuerdas bucales, se emite una frecuencia de sonido utilizando la boca como medio. Aquel soporte fisiológico y anatómico recepta y emite un sonido. Y aquello que se *recepta*, como aquello que se *emite*, toma una forma. El bebé no queda fijado a los ritmos del organismo en su estatuto *real*. El grito se transmuda, vive una metamorfosis. Es allí donde se inserta la función del *Nebenmensch* (Freud, 1950).

El *prójimo* instaura una huella mnémica (*Wahrnehmungsbild*), una vivencia de satisfacción (*Befriedigunderlebnis*) que dialectiza el grito en llamado. La madre satisface el llanto, está cuando debe estar, responde a las necesidades vitalicias de su cría y con su voz contornea el grito hasta mermarlo. Para Anzieu (2003), la voz materna es la única capaz de silenciar el grito de un bebé antes que cualquier otro sonido, y en grado mayor que la presencal *visual* del rostro humano. Lo cual antepone a la voz y a lo invocante -seguido por la mirada y lo escópico- en un estatuto primario y originario, previo a cualquier acaecer futuro de los objetos pulsionales -oral, anal y genital-. Es decir, la voz, no es sino el primer objeto pulsional, que en los albores del sujeto, instaura el primer vínculo con el Otro¹.

La función instituyente del Otro permite la satisfacción de las necesidades orgánicas y las inscribe en un orden distinto. A partir de su relación con el Otro, el infante cesa de gritar por necesidad, sino por demanda. De ahí que, con la entrada de la alternancia, con la falta de presencia del Otro, se erija la represión originaria y se constituya el objeto pulsional. En otras palabras: la voz del Otro contornea el grito hasta perfilarlo en una voz en

potencia, pero no es sino la *ausencia* la que instituye al objeto, como una voz que dice. Están ahí los índices de la palabra. Toda palabra ocupa un vacío, corta un silencio, pretende llenar una ausencia de decir. El grito del bebé, ese punto, ya no es una expresión de exaltación orgánica, sino un esbozo de palabra. El acierto de Winnicott (1971/2005) es claro: tanto el balbuceo (*babbling*) como las canciones de cuna, llegan a constituirse como uno de los primeros *fenómenos transicionales* ante los cuales el bebé se apoya para hacer consistir a la madre en el vacío de su ausencia. Ya con el balbuceo podemos entender, que toda palabra no es solo un intento de enunciación, sino también, una ilusión de compañía.

La constitución de la voz como objeto pulsional surge a partir de una dialéctica con la voz materna. El grito del niño resuena en eco en el vacío que devela su ausencia y permuta en la satisfacción alternante en su presencia. Tanto en el vacío, como en la voz de la madre, el bebé halla su propia voz. Aquella está, en ese sentido, en potencia en el campo de la voz del Otro. En la escucha el bebé introyecta su propia voz, se encuentra en el campo invocante que la madre instaura. Es en sí, un momento identificatorio con su propia voz.

Es por ello que en *El Seminario 10. La Angustia*, Lacan recurre al artículo *Sobre la posición excepcional de la esfera auditiva* de Isakower para ejemplificar la identificación con la voz. Lacan (1962-1963/2007) se remite a un pequeño animal acuático, la *dafnia*, que para hacer funcionar su sentido del equilibrio, abre un pequeño compartimento estado-acústico -su utrículo- para que pequeños gránulos de arena ingresen en él. La analogía sirve de apuntalamiento para entender que *la voz* no se constituye de forma independiente, sino que *se incorpora*.

La identificación con la voz se juega en el momento inaugural con el mensaje del Otro. Es con el *tú eres* de la madre, mediante el cual el infante puede entenderse como un sujeto en una trama simbólica (Lacan, 1962-1963/2007). Es por eso que el estatuto de la voz no yace en la materialidad del sonido, sino en su cualidad significante que proviene del Otro. El *quién soy* en un momento inicial no se dialectiza, ya que el sujeto está desprovisto de herramientas y artilugios que están en el Otro. Es mediante la instauración de la palabra como el *quién soy* es posible. El *quién soy* en potencia deviene posible por un reflejo con el *tú eres* materno (Lacan, 1962-1963/2007). El sujeto de esta manera accede al campo del lenguaje y a la posibilidad de enunciación en la cadena significante. La sujeción depende de manera exclusiva, por ende, del posicionamiento del sujeto ante el Otro.

Sobre la constitución de lo escópico

La constitución de lo escópico, al igual que lo invocante, refiere a un soporte fisiológico y anatómico, a un borde, donde se apuntala el erige de la pulsión (Lacan, 1964/2010). El ojo está constituido como un espejo interno donde la luz ingresa por la pupila, se invierte por el cristalino e incide en la retina. La transducción de los estímulos visua-

les realizada por los fotoreceptores genera una representación visual, una *imagen visual* en el córtex (Carlson, 2004). Percepciones que Freud (1950) esboza, en el *Proyecto de psicología para neurólogos* como los primeros atisbos de constitución escópica en el bebé en su relación con el Otro. Tanto los rasgos visuales como sonoros, v.g.: el movimiento de las manos o el grito del bebé, marcan un límite de un *Yo* rudimentario (*Ur-Ich*) en oposición al cuerpo del prójimo (Freud, 1950). Es por ello, que el cuerpo en su rudimento no es sino pantalla, una superficie representacional delimitada, perfilada por la otredad.

Sin embargo, no es solamente la organización yoica la que deviene constituida, sino la constitución del sujeto deseante como tal. Es allí donde se encuentra la particularidad de lo escópico. En similitud a la satisfacción pulsional en lo invocante, la satisfacción escópica pretende su objeto en un nivel distinto al de lo oral, anal y genital. No se inscribe de forma absoluta en la lógica de la *demanda*, sino en la del *deseo* (Lacan, 1964/2010).

De ahí que, tal como el bebé no existe sin su madre (Winnicott D., 1965/1994) el sujeto de deseo no exista sin alguien que lo haya deseado. Aquello no es sino evidente en la ausencia de la *mirada* materna. La pulsión escópica pretende satisfacerse en la *mirada* del Otro que cala como una primera impronta de deseo. Es en el reflejo simbólico con el Otro como la visión permuta para escenificar *a posteriori* dos miradas que se ven. En ese sentido, a diferencia de la constitución de lo invocante, lo escópico no se constituye por *incorporación*, sino por *reflejo*. El bebé no incorpora por identificación la mirada de la madre, sino que en su mirada se encuentra reflejado como sujeto de deseo, y es en tanto deseado, como su condición deseante nace. La constitución del campo escópico, por ende, implica una dialéctica del ver al mirar.

La pulsión escópica se instaura a partir de una vivencia de satisfacción (*Befriedigungserlebnis*) que inscribe una huella mnémica (*Wahrnehmungsbild*) en el psiquismo. Aquella primera inscripción funge como impronta primaria sobre la que se escenifica el movimiento deseante en aras de aprehensión de la mirada materna. En contrapunto, la ausencia del prójimo posibilita en el infante la búsqueda del objeto pulsional en lo escópico. En su ausencia, aquella primera inscripción será investida hasta su satisfacción en el retorno de la mirada materna y en aquella, se hallará en una ilusoria satisfacción, que lo captura como deseo.

La lógica de la alternancia es clave para la constitución del movimiento pulsional. Es en esa medida como la mirada del Otro cobra una función constitutiva en términos deseantes. El infante al verse en la mirada materna halla una ilusión de *ser*. Es en tanto es visto, y se mantiene en su ilusión de ser en tanto los efectos de la mirada persisten (Dolto, 1982/2019). La captura escópica es imprescindible para la constitución deseante. Es específicamente en la soledad cuando se encuentra como ser en ilusión.

Sin embargo, tanto la extrema ausencia, como la excesiva presencia, demarcan futuros específicos para la organización subjetiva. La misma función constitutiva de

la mirada puede ejercer su perjuicio al no dar cabida a ritmos intercalados de ausencia. La presencia de la mirada se vuelve omniabarcante al punto en el cual no hay cabida para el sujeto para entenderse como tal, sino como objeto indiferenciado de deseo. Una prisión imaginaria en el goce escópico del Otro donde no halla ninguna separación que lo permita diferenciarse. Mientras que la ausencia prolongada lleva a la de subjetivación, a la obliteración de la simbolización y a la rienda suelta de los ritmos del organismo en su estatuto *real* precariamente simbolizado. Es preciso un ritmo de alternancia lo suficientemente bueno para que su función subjetivante se cumpla.

Una mirada lo suficientemente buena, no solo está, sino que también responde. El cuidador primario escucha y mira a su bebé que demanda, lo satisface de manera justa. Su devoción en el lactante se evidencia en el apetito y en su alegría al momento del reencuentro (Dolto, 1981/2012). Sin embargo, no todas las miradas están presentes, como tampoco por estar, responden a la demanda (Winnicott D., 1971/2005). Un cuidador primario puede no ocuparse de la satisfacción de las necesidades vitales del bebé, puede cuidarlo parcialmente o desatenderlo del todo. Una mirada que no responde, es un Otro no instituyente. El cuidador primario se muestra como un espejo opaco donde el bebé no puede constituirse, donde no puede encontrarse. Se genera un impasse, ya que donde el bebé pretende encontrar una mirada que lo constituya por deseo y afectividad, no encuentra sino opacidad y distancia.

Sobre el estadio del espejo

El *estadio del espejo* descrito por (Lacan, 1966/2018) refiere al momento de identificación especular del infante con su propia imagen. A los 6 meses, a pesar de la incoordinación motriz que lo supera y la dependencia al pecho que lo marca, logra asumir una representación totalizadora sobre su propio cuerpo. El cuerpo fragmentado asume una topografía psíquica a partir de una identificación ortopédica con su propia *imago*. La precipitación del lactante en la *Gestalt* naciente unifica los terrenos del mundo interno (*Innenwelt*) como también perfila los límites con el mundo externo (*Umwelt*) que lo circunda (Lacan, 1966/2018). El bebé hace consistir su cuerpo de forma unitaria por la imagen que le es retornada por aquel que lo mira y lo desea.

En *El Seminario 1. Los escritos técnicos de Freud*, Lacan (1953-1954/2020) expone el funcionamiento del *estadio del espejo* desde los estudios de óptica de Bousse. El *estadio del espejo* se apuntala en un posicionamiento estructural determinado, de la misma forma en la que la óptica se sostiene en una teoría matemática, donde los objetos ocupan un lugar específico para producir una imagen. Es preciso que para que el espacio real se reproduzca como una imagen virtual, haya un intermediario que permita unificar los puntos de cruce y producir una imagen. Es decir que, para que el bebé pueda encontrar su imagen refleja, es preciso que haya alguien que lo mire.

Las coordenadas del cuerpo hallan su totalidad imaginaria al converger en una mirada que las coagula y los contornea en una unidad.

La relectura lacaniana del Caso Dick de Melanie Klein ejemplifica la función subjetivante del análisis a la par que puntúa el lugar de lo escópico e invocante. Dick a pesar de haber sido un niño de 4 años, se encontraba en el tiempo psíquico de un bebé menor de 18 meses. No había rastro de juego, como tampoco de interés por los objetos circundantes. Corría sin propósito en el consultorio y alrededor de Melanie Klein como si fuese una cosa más en la habitación. Presentaba una mirada distante, desinteresada, una expresión facial rígida, dura. Por lo regular, emitía sonidos de forma repetitiva y sin significado (Klein, 1930). En frases de Klein (1930): no solo era incapaz de hacerse inteligible, sino que no deseaba hacerlo².

Para Lacan (1953-1954/2020) Dick se encuentra inserto en el lenguaje, pero la palabra no le ha llegado. No hay un *decir* instalado. Lenguaje y palabra no son lo mismo. Dick gesticula, nombra objetos rudimentariamente, concibe personas, pero no hay nada en él que *invoque*. No hay una identificación con la voz del Otro, lo invocante en sí no está instituido. Dick puede hablar pero no dice nada. Ve, pero no mira. No hay un deseo en su mirada, no hay ningún brillo en los objetos donde pueda posarse entero como sujeto deseante. De hecho, Melanie Klein es un mueble más, completamente inerte y desprovisto de vida. Su enfermera una entidad más en un mundo circundante de objetos vacuos. Como diría Klein, se encuentra subsumido en una *unreal reality* (Klein, 1930). En un mundo donde *lo real* y *lo imaginario* son indistintos (Lacan, 1953-1954/2020).

Dick no ha instituido objetos pulsionales. No hay una voz ni una mirada a la cual acudir para intentar completar el círculo pulsional. En sí lo pulsional no se ha organizado completamente, no hay nada que lo impele fuera de sí, es una entidad petrificada con una obturación de su capacidad deseante. Su historia lo explica: En su etapa de lactancia la madre infructíferamente pudo darle el pecho, Dick llegó a bordear la muerte por hambruna y sufrió múltiples alteraciones del funcionamiento anal. No solo la mirada y la voz no se han instituido, sino lo oral, lo anal y lo genital tampoco. Sin duda como diría Klein (1930), a pesar de haber tenido los cuidados propicios para la subsistencia, ninguno de los acercamientos hacia él implicaba afecto, fueron desde siempre fríos. La pulsión en sí no se ha erigido a falta de un espejo que lo pueda representar. Ha encontrado un espejo opaco, distante, donde no ha podido alcanzar a ver su propia *imagen*, como tampoco ha encontrado un deseo en la mirada de su madre que lo ubique como sujeto deseante.

Las cosas cambian cuando Melanie Klein lo hace jugar. No interpreta, porque no hay nada que interpretar. Es un caso distinto al de otros niños neuróticos. No es una cuestión de interpretación, sino de edificación, de neogénesis (Bleichmar, 2010). Klein toma dos trenes de juguete, uno pequeño y uno grande, y los llama: “Tren-Papá” y “Tren-Dick”. Él cogió a *Tren-Dick* y lo hizo cruzar la ventana y dijo: “estación”. Klein dice: “La estación es mami,

Dick entra en mami” (Klein, 1930). Lo que sigue es una secuencia ininterrumpida de eclosión simbólica. Melanie Klein le enchufó el símbolo con la representación de una relación afectiva (Lacan, 1953-1954/2020), ancló el símbolo a una trama relacional, a una estructura de parentesco, a un mundo de circulación deseante. Acto seguido, Dick *solicita* que venga su enfermera. Su habla ya no es vacía, ahora alberga un *llamado*, ha accedido al orden de la palabra.

La intervención de Klein posicionó a Dick ante el Otro (Lacan, 1953-1954/2020). Lo pone de lleno en una trama relacional donde se encuentra implicado el deseo. No es una intervención cualquiera, es la única llave que permite articular al sujeto ante un otro, permite reubicar al sujeto frente a un espejo que lo pueda reflejar como tal. A partir de la inserción del otro hay una posibilidad de ser mirado, de *desear*, como también de invocar y de decir.

Sobre el Complejo de Edipo y el objeto a

La necesidad de ser ubicado ante el deseo del Otro abre paso a la posibilidad de instituirse como sujeto. El primer tiempo del Edipo refiere al momento donde se perfila la relación inaugural entre la madre y el niño, es ya un primer acercamiento con lo simbólico por la madre (Lacan, 1957-1958/2010). El niño se encuentra en un estado de dependencia de su deseo y de las primeras simbolizaciones que se ubican en torno al *fort-da*. Bajo esta lógica se instituye un rudimento de subjetivación primaria (Lacan, 1957-1958/2010). Aquel primer esbozo de subjetividad le permite al niño poder sostener aquello que falta mediante la palabra. El movimiento libidinal del niño no gira específicamente en aras del cuidado que recibe de la madre, sino en el deseo que se refleja en su mirada y en su voz. Es por ello que el drama del primer acto subjetivo gira en torno a ser el deseo del deseo materno (Lacan, 1957-1958/2010).

Se enmarca un diálogo deseante donde el deseo del niño busca satisfacerse en el deseo de la madre, mientras que su deseo pretende satisfacerse en él (Lacan, 1957-1958/2010). La trama deseante se articula mediante el *falo imaginario*, el cual soporta las representaciones imaginarias de deseo (Lacan, 1957-1958/2010). Las frases del tipo: mi bebé es todo para mí, o: qué emoción, dijo mamá, evidencian un rastro de deseo de la madre hacia el niño, en tanto en él pretende colmarse. Es así por qué el niño se encuentra en una relación identificatoria, mas no con su madre, sino con aquello que sostiene el deseo materno: el falo imaginario (Lacan, 1957-1958/2010).

En ese sentido, el niño se ubica en una posición de *súbdito*, pues, depende completamente del arbitrio materno. Es la *ley materna* la que rige en un primer momento lógico. Es el *significante materno* el que instaura un orden. El niño *dependerá* de si aquella persona lo mira o no, o de si lo mira *demasiado* o *muy poco*, que lo hable *mucho*, o que no lo haga *en absoluto*. En ello estriba los modos de subjetivación. El niño depende completamente de su

madre, y por necesidad tendrá que identificarse con el falo imaginario para él poder instituirse como deseante. Sin embargo, la dupla deseante no abre paso al movimiento de deseo, de por sí logra un encapsulamiento con la madre cuando el tercero está *velado* (Lacan, 1957-1958/2010).

La inserción del padre en la triangulación edípica es *de-velada* en el segundo tiempo del Edipo. El padre *priva* a la madre de su objeto de deseo. De ahí que, la madre no consuma su deseo en su súbdito, que no reintegre, su producto, que no lo devore. La privación en sí no se ejerce en el niño, sino en la persona que cumple la función de origen del deseo y cuidado, en tanto se afirma que aquella no puede ubicar a su retoño como objeto de satisfacción, que no puede consumir su deseo en su retoño. Es en este punto, dónde se juega -de nuevo- toda la subjetividad. Es el punto nodal -como diría Lacan- donde se delimita el posicionamiento del sujeto como deseante. Las diferentes estructuraciones clínicas dependen en grado único de si el niño *afirma* (neurosis), *forcluye* (psicosis) o *desmiente* (perversiones) la privación materna (Lacan, 1957-1958/2010). La función del Edipo por ende funge como dispositivo organizador del deseo y como incriptor del sujeto en lo simbólico. En otras palabras: en hacer evidencia que el cuidador primario está sujeto a una Ley de otro orden, a una Ley simbólica que lo trasciende y que, por ende, al sujeto también.

El giro realizado en el segundo tiempo del Edipo yace en la función metafórica del significante paterno (*Nombre-del-Padre*). En la neurosis el *significante del deseo de la madre* es sustituido por el *Nombre-del-Padre*, en tanto la privación a la madre es aceptada. Distinto es el escenario en la perversión y en la psicosis. El tercer tiempo del Edipo -en la neurosis- el padre revela que tiene aquello que la madre desea: el falo. Cabe puntualizar que el padre en el tercer tiempo *no es aquel quien es el falo, sino aquel que lo tiene*. Lo cual, a fin de cuentas, permite no solo la reconducción del deseo materno, sino la institución del padre como objeto de identificación (Lacan, 1957-1958/2010). La salida del Edipo, en el tercer tiempo, depende por ende, del posicionamiento estructural del niño ante la *castración simbólica* (Lacan, 1957-1958/2010).

Las aristas estructurantes de la privación en el Edipo implican ubicar una separación en torno al cuerpo, al goce y al sujeto (Mazzuca, 2013). El primer tiempo del Edipo refiere al momento de identificación especular del niño con su propia imagen, refleja por la condición deseante de su madre, como representante del Otro. En el momento del *narcisismo primario* el niño pretende encontrar su satisfacción en los objetos pulsionales adosados de forma imaginaria al cuerpo materno (Mazzuca, 2013). El niño apunta la satisfacción de la pulsión escópica en la mirada y la pulsión invocante en la voz materna, de una forma análoga de cómo intenta hacerlo en la oral con el pecho, y lo anal con las heces.

Los objetos pulsionales en su estatuto pre-edípico se organizan alrededor de una parcialidad corporal (Freud, 1942/1968). Lo oral, anal, escópico e invocante en su satisfacción autoerótica hacen símil a una sexualidad

disyunta y fragmentada (Bleichmar, 2014). Es por ende preciso que se inserte un significante rector que organice la sexualidad humana en términos unitarios y de intercambio. La castración ejerce su función al coartar la posibilidad de entablar una relación de goce (*Jouissance*) con el cuerpo. Es preciso que el goce arcáico, irrestricto, iracundo que desborda el organismo sea reprimido (De Neuter, 1992/2013) para que en su lugar intersticial se erija el símbolo y la sexualidad en términos de genitalidad. En las neurosis la afirmación de la castración permite delimitar el goce, lo vuelve fálico, restringido (Braunstein, 2006).

El Complejo de Edipo reedita la trama deseante a partir de la incisión del significante Nombre-del-Padre. La privación a la madre impide la identificación con el falo imaginario y rompe la ilusión ideal del narcisismo primario, a la par que permite el giro deseante en aras de un desplazamiento fuera del sistema endogámico hacia una circulación abierta en el marco de las relaciones de parentesco (Laplanche, 1969-1979/1984). El producto del atravesamiento del Edipo deriva en la extracción de un objeto del todo particular. El *objeto a* surge como el resto de la dialéctica edípica como pérdida del momento inaugural del narcisismo primario.

El *objeto a* sin embargo no nace a partir de la castración, sino que ya se encuentra en el estadio del espejo como aquello irrepresentable que no logra ingresar en el marco especular. En el momento de investidura libidinal del cuerpo, existe un remanente que no logra ser representado en una imagen (Lacan, 1962-1963/2007). No hay una imagen de aquello que podría colmar al deseo, no hay un representante imaginario para aquello a lo cual alude el falo. No hay una imagen en sí de aquel, no hay posibilidad representacional, figurativa que pueda dar forma a la falta, sino por un vacío, un vacío de significado, un pedazo de real.

El *objeto a* se ubica en el estadio del espejo como el remanente de un objeto primordial perdido, de *la cosa* (*Das Ding*). El *objeto a* es la causa del deseo, no como aquello que lo causa, sino aquello que representa una falta primordial que convoca a un movimiento deseante. Sin falta no hay sujeto que desee. La huella originaria de la vivencia de satisfacción necesita de la ausencia para poder instaurar un movimiento que la permita reinvestirla. El *objeto a* se ubica en el más allá del objeto pulsional. El objeto pulsional no es sino un semblante, aquello que se da a ver, un lugar donde la pulsión podría satisfacerse, como el seno, las heces, la mirada o la voz. Sin dejar de lado, que en el derrotero pulsional, la satisfacción se instituye como imposibilidad (Lacan, 1962-1963/2007).

Las pulsiones parciales hacen de su recorrido un camino en aras de la reminiscencia de la vivencia de satisfacción. El objeto que inscribe es pre-subjetivo en términos temporales. El objeto representacional surge a partir de la huella inscrita y no es sino la huella la que querrá ser investida mediante la satisfacción en el objeto pulsional (Bleichmar, 2014). El *objeto a* entra en escena al ser el representante de aquella falta que hace soporte del deseo, lo permite circular. En esa medida todo objeto pulsional

es semblante de un objeto perdido, un resto que nunca se inscribió en el terreno del psiquismo sino como falta.

En el campo de lo invocante el *objeto a* se encuentra presente en el movimiento deseante que pretende satisfacerse en la voz como objeto pulsional. Es en la voz del Otro, donde uno encuentra su propio *decir*, desde el *Tú eres* uno se constituye por identificación como alguien quien *es*. La pulsión en lo invocante se erige a partir de la ausencia de la voz que alberga el decir del Otro. El *objeto a* se coloca en la pulsión invocante como soporte para que la voz pueda brillar como objeto. En otros términos, el sujeto pretende reencontrar el objeto originario que instauró la primera vivencia de satisfacción. Perdido aquel el sujeto se ve abocado a buscarlo en semblantes, en pequeños trazos de ilusión. El *objeto a* es el soporte del deseo. Aquel es aquello que el bebé busca en la voz materna cuando no está. Lo busca hasta el punto en el que de tanta falta, empieza hablar en su soledad.

Mientras que una voz se inserta, una mirada acompaña y baña al cachorro humano en un manto de deseo. La particularidad en lo escópico estriba en la cercanía de la evanescencia de la mirada como objeto pulsional con la cualidad metonímica del deseo. En esa vía, si la voz es el objeto que más se acerca a la experiencia de lo inconsciente (Lacan, 1962-1963/2007), la mirada es el objeto que más intimidad natural tiene con el deseo. La contingencia de la mirada resalta en sí “la falta constitutiva de la angustia de castración” (Lacan, 1964/2010, pág. 81). La castración es por sí evidente en una mirada que se desplaza por naturaleza entre el estar y no estar. Es por sí misma uno de los objetos más cercanos por naturaleza al quehacer del deseo. El trayecto de la pulsión se enmarca en una travesía en vías de asir un objeto que por naturaleza desaparece.

Sobre la psicosis manifiesta

El devenir del psiquismo en una estructuración psicótica depende del posicionamiento ante la metáfora paterna. En el segundo tiempo del Edipo el sujeto forcluye (*Verwirft*) el significante Nombre-del-Padre, hace de él *como si no hubiese* (Lacan, 1955-1956/2020). No se ejecuta la sustitución del significante Deseo de la Madre por lo que, el sujeto en condición de súbdito permanece identificado al falo imaginario y suscrito a la Ley simbólica del Otro materno (Lacan, 1999/2009). La eclosión de la psicosis no es una condición *sine qua non* a la estructura, como tampoco la estructura es una condición patológica *ipso facto*. Ergo, una persona psicótica no necesariamente tendrá un brote en su vida, como tampoco necesariamente por estructuración una persona se brotará: en las neurosis también puede haber delirio y alucinación.

El desencadenamiento de la psicosis acontece al momento de significación del significante Nombre-del-Padre. En tanto forcluido no hay un sostén simbólico que permita confrontarlo. Hay un vacío a razón de una afirmación (*Bejahung*) que no se dio (Lacan, 1999/2009). La forclusión no alberga un mecanismo de respuesta ante la

significación fálica. Es decir, al momento de confrontar la castración, en las psicosis, no hay un artilugio que haga posible confrontar la interdicción simbólica. Hay ahí una nadería, un vacío, un hueco. De ahí que el aforismo lacaniano verse en que: “todo lo rehusado en el orden simbólico, en el sentido de la *Verwerfung*, reaparece en lo real” (Lacan, 1955-1956/2020, pág. 24).

Lo real, como una parcela psíquica no simbolizada surge del vacío de un soporte significativa. Para Lacan (1955-1956/2020) el fenómeno psicótico es “la emergencia en la realidad de una significación enorme que parece una nadería (...) que, en determinadas condiciones puede amenazar todo el edificio” (pág. 124). El fenómeno elemental es a las psicosis, lo que el síntoma es a las neurosis. Es decir que mientras que en la neurosis existe la defensa de una formación de compromiso entre las instancias psíquicas a razón de la represión, en las psicosis surge un pedazo de real. Una cadena significativa rota, un desanudaje de los tres registros que evidencia el lugar de un real crudo en el que el psicótico está ubicado.

Las coordenadas del fenómeno elemental se enmarcan en la auto-referencialidad (*Eigenbeziehung*) y la certeza (Mazzuca, 2012). La *Eigenbeziehung* designa la íntima relación entre el azar y el destino subjetivo. Marca un hilo de intimidad entre un fenómeno de la realidad y la existencia del sujeto en sí misma. Lacan describe un caso de auto-referencialidad en el que un psicótico argüía una íntima relación con *el cruce de un auto en una intersección a una hora determinada* (Lacan, 1955-1956/2020). Por otro lado, la *certeza* alberga la cualidad inamovible de un saber fijo, fuera de duda. Existe una certeza rotunda, una verdad fija e inamovible (Mazzuca, 2012). Una paciente dirá que *sabe que sus vecinos le vigilan y le hablan por las paredes al bañarse*. Tanto auto-referencialidad, como certeza, son caras de la misma moneda.

Sin embargo, para Lacan la eclosión psicótica implica siempre alteraciones en el orden del lenguaje. Toda psicosis implica una descolocación en el terreno de lo simbólico. En el vacío de la *Bejahung* y ante el impasse ante la significación fálica surge el neologismo. La *differance* como lo plantea Derrida no existe, no hay un marco de oposición significativa que caracterice a lo simbólico. El neologismo es una formulación simbólica que no remite a otro significante (Lacan, 1955-1956/2020). Es una neoformación bruta que se ocupa de significarse a sí misma. Es circular e inefable, completamente unívoca a un significado que no sufre dialéctica. Es una significación enquistada, presa de sí misma. En Schreber encontramos la adjunción de nervios (*Nervenanhang*), palabra comunicada a él por los rayos divinos; en un caso devenido clásico de Lacan, escuchamos el *galopinar* (Lacan, 1955-1956/2020).

El estatuto de los objetos pulsionales en las psicosis toma su lugar en tanto se soportan como semblantes del *objeto a*. Al momento de afrontar la significación fálica en las psicosis, no hay una consistencia estructural que pueda agenciarla. En el lugar del significante Nombre-del-Padre hay un vacío donde se gesta el fenómeno elemental³, un puro real, un goce del Otro que no ha pasado por

la interdicción. El sujeto se confronta con un goce desmesurado. Se encuentra cara a cara con el *objeto a*, ya que este nunca pasó por los artilugios de la represión como tampoco se dio la afirmación de la castración al cuidador primario como representante del Otro primordial.

Los objetos pulsionales, adosados al cuerpo del Otro, advienen díscolos. El cuerpo en la psicosis no se ha anudado a lo simbólico. A diferencia de la neurosis histérica, el cuerpo en la psicosis no es un enrevesado significativo, un cuerpo que habla, que se expresa como síntoma, sino una encarnación real, pura del organismo. No hay un orden representacional en el sentido de lo reprimido, sino un vacío real. Lo real, que adquiere un soporte imaginario en el reflejo especular en el Otro en las neurosis, no está anudado por lo simbólico en las psicosis.

Lo imaginario en las psicosis no tiene consistencia (Thibierge, 2004) al prevalecer anclado en una dependencia identificatoria con cuerpo del Otro especularmente. La experiencia del cuerpo fragmentado, despedazado, disperso en la esquizofrenia es la manifestación clínica de un cuerpo que no se anudó simbólicamente. Las parcialidades del organismo retornan como fragmentos de una Gestalt que no hace síntesis. El cuerpo se independiza de la relación del Otro en tanto se relaciona con otro cuerpo (Bueno & Muñoz, 2020). Hay un marco de oposición, una relación de tres que se entabla en la entrada del sujeto en el marco edípico. El ternario en la psicosis no ejerce su función de inscripción de un tercero. El sujeto en las psicosis queda adosado al Otro, identificado al falo imaginario. No se ha sustraído como cuerpo diferenciado.

En esa condición, los objetos pulsionales surgen en calidad de fenómenos elementales. En el campo de lo invocante, el *decir del Otro* se manifiesta sobre el sustrato del imperativo y la injuria. El *tú eres* constitutivo, que en un tiempo primordial ubica como sujeto al bebé, adviene en la psicosis clínica como un decir fijo enmarcado en los principios de auto-referencialidad y certeza. La voz habla en el vacío de la significación fálica. En el caso del *hombre de las palabras impuestas*, el sujeto aduce que los otros lo entienden por telepatía porque tiene la certeza de aquello que él llama *palabras impuestas* (*paroles imposées*). Este tipo de palabras irrumpen su pensamiento, como “flashes”, “ciclos”, “pulsaciones” que hablan sobre muerte, violación e injuria. Hablan de él en tercera persona (Czermak, 2016). La voz como semblante del *objeto a* surge como alienante, como ajena. No es el Yo del sujeto el que se ubica como locutor, sino como alucotario de lo invocante que retorna desde lo real.

En el campo de la pulsión escópica, la contingencia de la mirada adviene presencia pura. La evanescencia se trasmuda en un vacío de significación. En la mirada el sujeto se ve nulificado, adviene mirada, objeto del Otro. El vacío que recubre la mirada en lo imaginario se manifiesta de forma avasalladora en el brote psicótico. La clínica demuestra la multiplicidad de casos donde el peso de la mirada genera las más grandes angustias. El caso de un chico: “aprendí que debo beber... lo aprendí por los colores” (Czermak, 2016, pág. 155). A Hard los colores le decían que tenía que beber, le decían que tenía que

romper vidrios, baldosas. Hard devino objeto de la mirada, era aquella la que lo comandaba, lo dirigía, lo utilizaba como un títere.

La particularidad de la psicosis clínica en relación con los objetos pulsionales es el viraje en su relación con el Otro. El sujeto adviene objeto. En el campo de lo invocante la voz arrasa con un decir díscolo. El desanclaje de la voz como objeto separable particulariza la extimidad de los enunciados que se ejercen, percibidos como ajenos, injuriantes, no silenciados, intrusivos. En el campo de lo escópico la mirada ubica al sujeto en el centro de su esquizia en la hiancia donde se moviliza el deseo en las neurosis, en las psicosis el sujeto adviene como objeto evanescente. Es un objeto petrificado, un vacío, una nulidad que la mirada oculta con su contingencia.

De ahí que el brote psicótico pueda ser entendido desde dos perspectivas. Es plausible entenderlo desde su acepción como des-anudamiento, como también como un acto de resolución estructural. Mediante el fenómeno elemental el sujeto logra ejercer un acto resolutivo y de sostén. Mediante la voz que injuria y la mirada que avasalla se ejerce un intento de resarcimiento ante el impasse referente a la significación fálica.

Conclusiones

El trabajo ha realizado un recorrido referente al campo de la constitución de los objetos pulsionales en los albores del sujeto y en su presentación en la psicosis clínica. Trazado un camino desde la *contingencia de objeto*, descrita por Freud se articula la noción de la *contingencia del otro* como la función primaria en el ámbito de la constitución de la pulsión. El paso de la presencia a la ausencia posibilita la instauración de la lógica de la alternancia en sí misma. No es posible concebir la *falta de* sin un vacío que ejerza el paso dialéctico a la concepción de aquello que no siempre está. Los trabajos de Spitz y la clínica neonatal evidencian la necesidad del *prójimo* (*Nebenmensch*) como agente inscriptor primario de las *huellas mnémicas* (*Wahrnehmungsbild*) en el psiquismo incipiente. Dichas improntas instituyen las primeras *imágenes-recuerdo* y con ellas la primera *vivencia de satisfacción* (*Befriedigungserlebnis*) que ejerce el sostén del circuito pulsional.

El par pulsional invocante y escópico se enmarcan en el tiempo lógico de constitución del *estadio del espejo*. La voz como objeto pulsional se inscribe en el campo del lenguaje mediante el anudamiento especular con el Otro. El grito del bebé se codifica en la voz materna. Aquella contornea la organicidad del grito hasta hacerlo una voz que demanda. El *quién soy* no es posible sin un *Tú eres* que mediante *incorporación* instituya al bebé como un sujeto que *dice*. La posibilidad de enunciación queda inscrita en el bebé, que gesticula un decir en la insipiente de palabra que alberga su balbuco.

A la par que la voz del Otro inscribe el decir en el sujeto, a través de la mirada se instaura la posibilidad de verse reflejado como sujeto deseante. En la mirada del

Otro se posibilita la dialéctica del ver al mirar. La visión toma un valor significativo al pasar por la cualidad simbólica de la mirada del Otro. El deseo se constituye en tanto la mirada se instituyó como un objeto de satisfacción. La pulsión escópica en ese sentido apunta su supuesto cierre en la captura imaginaria que otorga la mirada como agente subjetivante del Otro. El reflejo especular inscribe al sujeto en el orden simbólico de la ley de la madre.

Las vicisitudes de la alternancia de la voz y de la mirada efectúan en los primeros tiempos de integración en el registro simbólico. La extrema ausencia de la voz no permite la incorporación del decir, de la palabra como llamado; como la ausencia de la mirada obtura con el reflejo especular que posibilita la institución del sujeto deseante. Por otro lado, la presencia excesiva de la mirada incide en la captura imaginaria que forcluye la capacidad de entenderse como otro. En cambio, el goce del Otro en la pulsión invocante acalla la posibilidad enunciativa, forcluye la capacidad de gestar un decir individual.

Dichos objetos pulsionales entendidos como *objeto a* se enmarcan en la trama edípica de forma particular en las psicosis. La *ley materna* inscribe al niño en una relación simbólica dual, sostenida por la identificación al *falo imaginario*, donde el infante pretende satisfacerse como deseo de la madre. En las psicosis la forclusión del significante primordial impide la inscripción de la relación ternaria. En consecuencia, el cuerpo queda adosado al Otro primordial, súbdito de su deseo irrestricto, en tanto no se ha entablado la relación con un tercero simbólico que permita la adscripción de su deseo a un objeto heterogéneo, fuera de la relación endogámica con su retoño.

A diferencia de las neurosis y las perversiones, en las psicosis el *objeto a* no es extraído, no deviene resto del *narcisismo primario*. Aquel queda adosado al sujeto en su estatuto real. El cuerpo en las psicosis es imaginariamente inconsistente. (explayar) Ha quedado anclado como súbdito al Otro, como *falo imaginario*. Al no sustraerse como cuerpo diferenciado, depende de la variabilidad del Otro. En las psicosis, el sujeto adviene objeto de goce de aquel. En lo imaginario, su cuerpo no está referenciado a un tercero, sino al Otro como especular.

La eclosión de las psicosis adviene ante el impasse de simbolización de la significación fálica. Sin el artilugio simbólico del significante Nombre-del-Padre, la castración en las psicosis evidencia un vacío en la cadena significativa. Ante la falta de significación fálica, aquello rehusado retorna en su cualidad real. La voz y la mirada retornan en cualidad de *fenómeno elemental*. Tanto la voz injuriantes, holofraseada, como la mirada persecutoria y mandatoria son el designo del brote, como el intento del resarcimiento estructural. El decir del Otro en las psicosis toma el lugar de enunciación de un imaginario inconsistente. Mientras que la mirada, como contingencia simbólica de la castración, adviene presencia entificada. Los objetos pulsionales en las psicosis son en sí avasalladores ante el sujeto. El *party wall phenomenon* descrito por Melman (Thibierge & Dimitriadis, 2024) explica los delirios y alucinaciones de corte persecutorio al especificar una íntima relación entre lo persecutorio y el perseguido al no haber

un espacio representacional intermediario que separe al primero del segundo. No hay un espacio virtual que entable una distancia. El delirio y la alucinación advienen a través de un contacto mismo como contenido simbólico proyectado que amenaza al sujeto (Thibierge & Dimitriadis, 2024).

En las canchas de la clínica se abren dos aristas: la transferencia y el deseo del analista. La ética para Lacan específica: viabiliza “una sumisión completa, aun si ha sido advertida, a las posiciones estrictamente subjetivas del paciente” (Dissez, 2019). Posiciones subjetivas, aún en las psicosis. Sumisión que concentrada en un tipo de escucha, abre el camino a distinguir entre un posicionamiento psicoanalítico y otro psiquiátrico en el clínico. En ese sentido, ¿cómo se lee una voz que comanda cada acto, o una mirada que injuria? ¿Cómo un inicio de las psicosis o cómo un fenómeno específico puede tomar valor de síntoma? El intento de curación, de resarcimiento estructural, se erige como una defensa en la alucinación y el delirio (Dissez, 2019). El trabajo con las psicosis nos interpela a la construcción de un saber-hacer basado en lo particular. Las psicosis como entidad clínica, como también los autismos, nos impelen a construir un saber-intervenir con aquellos donde una voz comanda o donde una mirada no se ha posado. La clínica de la neogénesis (Bleichmar, 2010) se edifica como un dispositivo analítico de anudamiento y de estructuración subjetiva. Es el análisis aquel que en calidad de espejo simbólico, como alterno, permite un anudamiento en reflejo, sobre aquello que designa, a fin de cuentas, una mirada que desea y una voz, que dice.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Anzieu, D. (2003). *El yo-piel*. Madrid: Biblioteca Nueva.
- Bèrges-Bounes, M. (2014). *Clínica psicoanalítica con niños, anudamiento cuerpo-lenguaje*. Quito: Rimana.
- Bleichmar, S. (2010). *Clínica psicoanalítica y neogénesis*. Madrid: Amorrortu.
- Bleichmar, S. (2014). *Las teorías sexuales en psicoanálisis*. Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Paidós.
- Bleichmar, S. (2021). *La fundación de lo inconciente. Destinos de pulsión, destinos del sujeto*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Braunstein, N. (2006). *El goce. Un concepto lacaniano*. Buenos Aires: Siglo Veintiuno.
- Bueno, J., & Muñoz, A. (2020). El cuerpo a cielo abierto en la psicosis. *Trivium: estudios interdisciplinarios*, 107-118.
- Carlson, N. (2004). *Fisiología de la conducta*. Madrid: Pearson Educación.
- Czermak, M. (2016). *Patronymies. Considérations cliniques sure les psychoses*. Toulouse: Éditions Érès.
- De Neuter, P. (1992/2013). Funciones paternas y nacimientos del sujeto. En G. Naranjo, *Trayectoria. 20 años de transferencia de trabajo con la Asociación Lacaniana Internacional* (pp. 101-124). Quito: Rayuela Editores.
- Dissez, N. (2019). Les solutions élégants de la psychose, une responsabilité du psychanalyste. *La Clinique Lacanienne, Les Psychoses, quoi de neuf?*(30), 25 - 34.

- Dolto, F. (1981/2012). *En el juego del deseo*. Ciudad de México: Siglo Veintiuno Editores.
- Dolto, F. (1982/2019). *Seminario de psicoanálisis de niños*. Ciudad de México: Siglo Veintiuno.
- Freud, S. (1913-1917/1949). Triebe und Tribschicksale. En *Gesammelte Werk* (Vol. 10, pp. 209-232). London: Imago Publishing.
- Freud, S. (1920-1924/1967). Jenseits des Lustprinzips. En *Gesammelte Werk* (Vol. 13, pp. 4-69). London: Imago Publishing.
- Freud, S. (1942/1968). Drei Handlungen zur Sexualtheorie. En *Gesammelte Werk* (Vol. 5, pp. 27-146). London: Imago Publishing.
- Freud, S. (1950). Entwurf einer Psychologie. En S. Freud, *Aus den Anfängen der pszchoanalyse* (pp. 371-469). London: Imago Publishing.
- Klein, M. (1930). The importance of Symbol-Formation in the Development of the Ego. *International Journal of Psychoanalysis*(11), 24-39.
- Lacan, J. (1953-1954/2020). *El Seminario 1. Los escritos técnicos de Freud*. Buenos Aires.: Paidós.
- Lacan, J. (1955-1956/2020). *El Seminario 3. Las psicosis*. Buenos Aires: Paidós.
- Lacan, J. (1957-1958/2010). *El Seminario 5. Las formaciones del inconsciente*. Buenos Aires: Paidós.
- Lacan, J. (1962-1963/2007). *El Seminario 10. La angustia*. Buenos Aires: Editorial Paidós.
- Lacan, J. (1964/2010). *El Seminario 11. Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis*. Buenos Aires: Paidós.
- Lacan, J. (1966/2018). El estadio del espejo como formador de la función del yo (*Je*) tal como se nos revela en la experiencia psicoanalítica. En *Escritos I* (pp. 99-105). Buenos Aires: Siglo Veintiuno.
- Lacan, J. (1999/2009). De una cuestión preliminar a todo tratamiento posible de la psicosis. In Lacan, *Escritos II* (pp. 509 - 559). Ciudad de México: Siglo Veintiuno.
- Laplanche, J. (1969-1979/1984). *La sexualidad*. Buenos Aires: Ediciones Nueva Visión.
- Leclaire, S. (1972). *Serge Leclaire. Seminarios en Montevideo*. Montevideo: Biblioteca Uruguaya de Psicoanálisis.
- Mazzuca, R. (2012). Fenómenos elementales. En F. Schejtman, *Elaboraciones lacanianas sobre la psicosis* (pp. 63-110). Buenos Aires: Grama Ediciones.
- Mazzuca, R. (2013). Los conceptos lacanianos en la enseñanza de la psicopatología. In *Psicopatología: clínica y ética. De la psiquiatría al psicoanálisis* (pp. 301-385). Buenos Aires: Grama Ediciones.
- Spitz, R. (1965). *The first year of life. A psychoanalytic study of normal and deviant development of object relations*. New York: International Universities Press, INC.
- Thibierge, S. (2004). Structure spéculaire des psychose. *Figures de la psychanalyse*, 2(10), 111-114.
- Thibierge, S., & Dimitriadis, Y. (2024). Psychopathological ramifications of Charles Melman’s “party wall phenomenon”. *Psychoanalysis, Culture & Society*, 1 - 12.
- Urriolagoitia, G. (2012). La estructura de la psicosis como consecuencia de la forclusión del nombre-del-padre. *AJAYU*, 163-171.
- Winnicott, D. (1965/1994). The theory of the parent-infant relationship. En *The maturational process and the facilitating environment* (pp. 37-55). London: International Universities Press.
- Winnicott, D. (1971/2005). Mirror-role of Mother and Family in Child Development. En *Playing and reality* (pp. 149-159). Oxon: Routledge.
- Winnicott, D. (1971/2005). Transitional objects and transitional phenomena. En *Playing and reality* (pp. 1-34). Oxon: Routledge.

NOTAS

¹ Cabe aquí insertar la posibilidad de análisis de la función de la piel en los momentos de la constitución psíquica.

² En su original: “it was not only that he was unable to make himself intelligible: *he had no wish to do so*” (pág. 27).

³ El fenómeno elemental refiere a todo aquello que no ha podido ser simbolizado y retorna en lo real (Urriolagoitia, 2012).